



Capítulo 218

¡Arde, Bebé! ¡Arde!

Arenas Ardientes es el nombre de un desierto a 400 millas al norte del bosque donde Abaddon estaba entrenando.

Aunque los vampiros en Upyr no tenían por qué temer a la luz del sol, había otro fenómeno natural que servía para despertar su ira y cautela.

Las arenas de este odiado desierto tenían la capacidad de dar a los vampiros la sensación de estar asados por el sol de la mañana.

Si bien no morirían, porque no era verdadera luz solar, la sensación de ser quemados hasta las cenizas permanecería con ellos por el resto de sus vidas.

Era bastante poco común, ya que la gente tendía a evitar esta zona, pero hay algunos casos en los que los vampiros cayeron a la arena y perdieron la cabeza en cuestión de minutos por el horrendo dolor.

En lo alto del cielo, el rey vampiro era seguido por todo su ejército y observaba el paisaje con una mirada apreciativa.

Abaddon nunca había estado allí antes, pero mientras contemplaba el desierto iluminado por la luna y con arena roja brillante, no pudo evitar pensar que ese lugar era bastante hermoso.

A juzgar por todas las auras aprensivas que sentía detrás de él, supuso que tal vez él era el único que se sentía así.

Actualmente, los 300 miembros, de lo que sería el ejército privado de Abaddon, estaban flotando en el cielo sobre sus nuevas monturas.

El resto de las langostas que aún no habían elegido jinete todavía estaban en el bosque, con instrucciones de Abaddon de no cazar en exceso y de no atacar a la gente.

Afortunadamente, no parecieron tener problemas con estas órdenes y pronto todos se dispersaron por los bosques circundantes.

"Me pregunto qué tipo de entrenamiento tiene en mente Kristina", se preguntó Abaddon. "He oído que puede ser bastante espartana, así que me pregunto si su entrenamiento será algo..."



—¡Muy bien, soldados, bajen de sus monturas y comiencen a desnudarse! —gritó de repente Kristina. '...¿Disculpe?'

El dragón observó cómo el pequeño ejército de vampiros saltaba repentinamente de sus langostas y les crecían alas.

A regañadientes, los distintos hombres y mujeres comenzaron a quitarse la ropa, antes de arrojarla sobre los lomos de sus monturas o enviarla a sus anillos de almacenamiento.

Pronto Abaddon estaba mirando a más de 300 hombres y mujeres en ropa interior.

Al mismo tiempo, las mujeres sacaban el pecho y el trasero un poco más de lo normal con la esperanza de llamar la atención de su rey.

Si bien funcionó, no de la manera que esperaban.

'Ya lo sabía, pero Lisa, Valerie y Seras realmente están bastante bien dotadas...'

Entre el mar de pechos que estaba viendo, ninguno de ellos se acercaba a igualar los pechos copa F que sostenían sus tres esposas.

De repente, sintió la necesidad de regresar al castillo y darles a los cuerpos de sus esposas el reconocimiento que tanto necesitaban.

Pero, por desgracia, los negocios siempre deben anteponerse al placer.

De repente, Abaddon notó un movimiento con el rabillo del ojo y se sorprendió al ver que Kristina también se quitaba la ropa.

La pálida luz de la luna brillaba hermosamente sobre su piel pálida y sus músculos tensos y poderosos la hacían lucir igualmente amenazante y encantadora.

Su largo cabello castaño oscuro le daba a su rostro un aspecto bastante delicado y femenino, que contrastaba completamente con su cuerpo musculoso y, aun así, le sentaba bien de todos modos.

Pero a pesar de la belleza semidesnuda a su lado, Abaddon permaneció impassible y solo tenía una pregunta urgente.

"¿Hay alguna razón por la que también necesitas quitarte la ropa?"



"Ah..." Kristina de repente se dio cuenta de que debería haber sido incómodo comenzar a desnudarse repentinamente frente a su rey y se preguntó si él encontraba su cuerpo repugnante.

Era algo que la hacía sentir bastante insegura, de ahí que siempre usara gruesas túnicas negras.

"Lamento haberte hecho presenciar mi feo cuerpo, mi rey. ¡Pero nunca pediré a mis soldados que hagan algo que yo no esté dispuesta a hacer!"

Abaddon tuvo que admitir que estaba bastante impresionado por tanta devoción hacia sus hombres y descubrió que su opinión sobre ella había mejorado considerablemente.

—No eres nada fea —respondió—. Y debo admitir que estoy bastante satisfecho con tu actitud. Parece que no fue un error dejar el ejército en tus manos después de todo.

Abaddon pensó que decir algo más daría una impresión equivocada, por lo que decidió no hacer más comentarios.

El hecho de que le haya dado algunos elogios ligeros, a la vampiresa de cabello castaño, no significa que estuviera interesado en tomarla como esposa.

Afortunadamente, Kristina pareció entender que él estaba siendo honesto acerca de su opinión sobre ella y al mismo tiempo manteniendo clara la línea entre ellos.

Aunque ahora estaba un poco menos cohibida, también estaba un poco decepcionada de que Abaddon realmente no pareciera tener ningún interés en ella como mujer.

Sin embargo, rápidamente dejó de lado esos pensamientos inútiles e inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. "Acepto gentilmente su cumplido".

En el segundo siguiente, su aura y comportamiento cambiaron por completo cuando se giró para mirar a los soldados que la esperaban.

Kristina había pasado de ser una mujer tímida, apasionada y enamorada a gran mariscal del ejército de Upyr.

"Muy bien, bastardos, ¡escuchen! El entrenamiento de hoy se completará en dos etapas. En la primera, se arrastrarán por el suelo



del desierto durante cinco millas enteras sin detenerse ni usar su aura para protegerse".

¡No le demos una mala impresión a nuestro rey! ¡Debemos demostrar nuestra determinación inquebrantable ante una lucha y un dolor indescriptibles!

Los ojos de los vampiros brillaron intensamente y su determinación parecía arder con la misma intensidad.

Sin embargo, Kristina no estaba muy impresionada.

En realidad, no importaba si estaban motivados en ese momento, lo que importaba era si podían o no mantener ese mismo impulso una vez que estuvieran envueltos en el infierno ardiente debajo de ellos.

"¡¡TODOS USTEDES, METAN EL CULO EN LA ARENA, AHORA!!"

"¡SÍ, MARISCAL!"

De repente, los soldados plegaron sus alas y planearon silenciosamente hacia la arena de abajo.

Tan pronto como un solo dedo del pie hizo contacto, los vampiros comenzaron a emitir algunos de los gritos más horribles que Abaddon había escuchado jamás.

Sus angustiosos lamentos solo empeoraron en intensidad cuando obedecieron las órdenes de Kristina y cayeron sobre manos y rodillas.

Agonizante sería una forma suave de describir el dolor que estaban padeciendo los soldados.

Aunque la arena actualmente solo hacía contacto con la piel, estos vampiros sentían como si estuvieran siendo quemados hasta los huesos.

Kristina finalmente tocó el suelo y su boca también se abrió, pero fue por sorpresa más que por angustia.

"¿Están todos llorando después de que les pidieron hacer algo tan fácil?! ¡La sangre del señor Abaddon nos fortalece mientras fluye por nuestras venas! ¡Esta arena no arde tanto como antes!"

Kristina visitaba con frecuencia las arenas ardientes para entrenar su cuerpo y su mente para no sentir dolor.



Antes de tomar la sangre del dragón, podía arrastrarse durante más de veinte millas sin gritar ni una sola vez.

Sin embargo, todavía tenía que morderse el labio para sellar sus gritos y limpiar continuamente las lágrimas alimentadas por el dolor cada vez que corrían por su rostro.

¡Pero hoy el dolor no era tan fuerte como antes!

Parecía que estaba sufriendo al menos un 30% menos de lo que normalmente sufriría, y esa era solo una estimación a medias.

¡Y aún así, estos cachorros todavía tuvieron el descaro de gritar vergonzosamente a pesar de que la dificultad se había reducido significativamente!

¡Estaba increíblemente avergonzada!

A estas alturas, algunos de los soldados veteranos que habían pasado por esto antes también se dieron cuenta de que Kristina no estaba mintiendo.

"¡El mariscal tiene razón!"

"D-Duele pero... ¡Es solo una pálida imitación de lo que una vez fue!"

"¡Una vez más hemos recibido un regalo milagroso del rey! ¡No debemos deshonrarnos delante de él después de haber recibido tanto!"

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Kristina cuando tuvo una idea repentina.

"¡Soldados! Como no duele tanto, duplicaremos la distancia. ¡Hagan lo que tengan que hacer, pero no deshonren a nuestro rey con el sonido de sus incesantes lamentos! ¡Si fracasan, serán expulsados inmediatamente del ejército!"

De repente, el mar de vampiros que gritaban se calmó y sólo quedaron gemidos apagados.

Aunque algunos pudieron lograrlo con pura fuerza de voluntad, otros tomaron un camino más... espantoso.

Abaddon observó con morbosa fascinación cómo los vampiros se cortaban las cuerdas vocales, se quitaban la lengua o incluso se rellenaban la boca con tela suelta de sus anillos.



"Están decididos, sin duda, pero... esa no es mi visión", pensó decepcionado. "¿Podrían necesitar un poco más de motivación?"

Bajando del cielo, sus pies aterrizaron sobre la arena roja y sedosa y comenzó a caminar junto a su gente que se arrastraba.

"¿Por qué quieres servirme? ¿Es porque sientes gratitud? ¿Te invade el deseo de retribuir mi generosidad mediante la servidumbre?", preguntó Abaddon con indiferencia.

Su tono no era fuerte, pero todos en el oscuro desierto podían escuchar todo lo que decía.

Aunque nadie respondió, él sabía que había descrito con precisión algunos de sus razonamientos.

"Si esas son sus razones, debo pedirles que se retiren ahora mismo. No hay nada que ninguno de ustedes pueda darme que yo no pueda obtener con mis propios esfuerzos".

A pesar del dolor abrasador, los vampiros mantuvieron la calma mientras escuchaban cada palabra.

"Necesito guerreros monstruosos, no conciencias culpables. Debéis someteros a esto con el objetivo de convertirlos en el ejército más indomable en esta vida y en la próxima. El ejército que imagino no grita cuando se ve sometido al dolor, se vuelve más poderoso a pesar de él.

Deja que mi sangre te dé fuerza, deja que la determinación de tus hermanos y hermanas a tu alrededor agudice la tuya y conviértete en dios entre los hombres. Hazlo y no habrá límite para las gloriosas alturas a las que puedo llevarte.

"Si quieres estar en mi ejército personal, debe ser porque buscas estar en la cima de este mundo, sin igual ni siquiera por el rey dragón".

Después de escuchar un discurso como ese, era imposible que los hombres y mujeres en la arena no se sintieran motivados.

Uno por uno, dejaron que sus cuerdas vocales sanaran, se quitaron las mordazas y caminaron por la arena en silencio.

Si no podían soportar algo así por sus propios esfuerzos, ¿cómo podrían esperar alcanzar las alturas de las que hablaba su rey?



Querían ser guerreros temidos e indomables, que actuaran como heraldos del rey, y fueran capaces de conquistar incluso Antares.

Y no permitirían que nada se interpusiera en el camino hacia ese glorioso futuro.

"Bien... Todos ustedes lucen cada vez más prometedores a cada segundo", dijo Abaddon con una pequeña sonrisa.